

Feb 17/50

# PANORAMA

DM

## Un profesor: Luis de Soto. - Un acto de barbarie: la estatua abolida

Por GASTON BAQUERO

EN la mañana de ayer acompañamos al lugar de su eterno descanso los restos del Dr. Luis de Soto, profesor de Historia del Arte de la Universidad de La Habana.

En la palabra de los oradores que dijeron adiós a este hombre de la cultura, quedó perfectamente explicado y comprendido lo que representaba Luis de Soto en la Universidad y en la vida cubana más interesante y más viviente. El Dr. Salvador Massip, el Dr. Miguel Angel Carbonell, el Dr. Jorge Mañach —que a su conmovedor artículo de ayer, desde estas columnas, unió el tributo de su palabra justa y emocionada —dijeron de las virtudes intelectuales y morales del profesor desaparecido cuando tanto se esperaba de su fervor y de su devoción.

Luis de Soto, fué, por antonomasia, el profesor. No aspiró en la vida a otra cosa. No quería ser senador, ni presidente, ni concejal, ni centro de las discusiones y polémicas. Se contentaba —nada menos!— con el orgullo y la dignidad de enseñar, de formar generaciones, de despertar en los ánimos juveniles el amor fuerte por lo bello y lo superior. Como poseía el saber apropiado, era generoso de sus conocimientos. No temía que el joven estudiante leyese el libro recién llegado; ni escamoteaba al ansioso de saber sus orientaciones, sus mejores informes, sus conocimientos completos. La generosidad en la comunicación del conocimiento —que falta a tantos catedráticos, tacaños de su saber, racionadores de su dosis de comunicación—, era la tónica de Luis de Soto, profesor. Sus lecciones no terminaban al sonar el timbre, sino que se continuaban y se iniciaban a toda hora, por doquier. Los estudiantes "suyos" acudían a él en todo momento, seguros de que no encontrarían una puerta cerrada ni una actitud pedante. Ofrecía el corazón comunicativo de quien ama lo que enseña y enseña lo que ama. Su anhelo de transmitir pasión y devoción por la belleza, por las artes, por la vida del espíritu, no tenía límites. Pudo así formar junto a él algo más que alumnos inscriptos que iban a escucharle por la necesidad de examinarse y aprobar la asignatura; formó estudiosos de los temas y problemas que encierran la estética; quiero esto decir que sirvió el ideal cultural universitario. Ni cerró los horizontes de quienes le

tomaban por maestro, obligándoles a pensar ceñidamente con él, fijándoles con pegamento a una escuela o tendencia determinada: enseñaba a apreciar, a interesarse por las artes y su evolución, a estudiar los cambios y experiencias del arte en todos los tiempos. Era, en resumen, un profesor culto capaz de culturizar a la juventud.

Y para rendir tributo de gratitud a ese profesor singular, a ese que quiso ser y fué siempre profesor y nada más que profesor —cosa normal en los altos medios cul-

turales europeos y norteamericanos, pero rarísima entre nosotros, donde se quiere ser al mismo tiempo, en los mejores casos de esta peoría, maestro y "conductor de masas"; catedrático y líder de las masas; profesor y perturbador—, se reunió junto al panteón de la Facultad un número bien reducido de profesores y de intelectuales. Cuando creíamos que el estudiantado universitario se volcaría en legión junto a los restos de un profesor que tanto amaba a la Universidad, comprobamos con dolorosa constatación que apenas si había estudiantes en el sepelio. Si se hubiera tratado de tirar piedras, de volcar autobuses, de salir por las calles a provocar a las autoridades para fabricar muertecitos utilizables en intrigas políticas, la FEU habría convocado al estudiantado en pleno, decretado tres días de huelgas y aturdido a la pobre ciudadanía con gritos y pedreas... Pero quien había muerto, entre sus libros, sirviendo a la cultura universitaria, viviendo para la Universidad y nada más que para la Universidad, era un hombre culto, un profesor verdadero: o sea, una cosa que no tiene nada que ver con lo que de la Universidad piensan aquéllos que han destruido su valor cultural.

En definitiva, no importa. La Universidad y su sentido cabal prevalecerán sobre las tinieblas. Un día llegará en el cual la muerte de un profesor como Luis de Soto se recibirá por todos como un hondo duelo. Porque hombres como éste son los que hacen grande e impercedera una Universidad. Son ellos y no los otros quienes consolidan y aumentan su rango cultural.

Irónicamente, como si se tratara de un homenaje rendido por bárbaros a un profesor de estética, el mismo día que moría Luis de Soto, una gente extraña, divor-

PATRIMONIO CULTURAL

OFICINA DEL HISTORIADOR

DE LA HABANA

ERL

ciada del espíritu generoso de lo cubano y de lo criollo, consumaba un crimen más contra la cultura. ¡Por fin llevaban a realidad el absurdo empeño de echar abajo la vieja estatua de Fernando VII, para colocar en su sitio una moderna de Carlos Manuel de Céspedes!

Es el triunfo de la barbarie sobre la cultura. Se siente, cuando contemplamos llenos de estupefacción esta arremetida contra lo antiguo, contra el estilo, contra la historia, que estamos aproximándonos a una época dominada por las hordas.

El resentimiento de individuos que no saben sino odiar, prendió en la mente de personas que están obligadas a respetar el patrimonio de cultura de la nación, y se ha dispuesto la desaparición de la estatua de Fernando VII, —enmascarándose el propósito arrasador en un homenaje al Padre de la Patria, pero fingiendo desconocer, que se mutila una de las plazas más bellas de América.

De nada ha servido que un grupo de cubanos (lo encabeza el ingeniero y arquitecto Evelio Góvantes, lleno de títulos y autoridad para esta misión), amantes de su patria y de los derechos de la inteligencia, luchara denodadamente por frenar la marcha de Atila; de nada ha servido que se fijara el sitio realmente adecuado para erigir el monumento al primer Presidente: la entrada de la Avenida de los Presidentes; de nada ha servido, en fin, que se explicara —¡vano intento, explicar a quienes no quieren o acaso no pueden comprenderlo!— que nadie defendía la estatua por el rey, sino por la armonía que guardaba con el resto de la plaza, por la integración que en el conjunto hacía...

Todavía no alcanzamos a explicarnos cómo el Consistorio ha aceptado tamaño ultraje a la vieja ciudad, porque es el Ayuntamiento, precisamente, quien debe defender con mayor celo la fisonomía y el carácter de sus monumentos y calles.

A tiempo se está de evitar el acto de barbarie que mancharía para siempre la reputación de las actuales autoridades municipales, y la del gobierno central que permitiera indiferente este acto vandálico.

Compréndase que es ridículo inferiorizador, inculto, el odio a España, llevado a ese extremo. Parece que un individuo, enemigo profesional de España, concibió un día la idea de "hacer desaparecer las huellas monárquicas", eliminando la estatua de Fernando VII. Años y años ha dedicado a esa tarea pequeña, resentida, oscura. Por fin halló quien le pusiera oídos a su increíble empeño.

No podemos aceptar así, sin más, que Justo Luis Pozo, un hombre cuya candidatura alcaldicia vimos con júbilo, se convierta en instrumento de una cosa tan fea y tan ajena a la elegancia espiritual del criollo. Desde aquí le pedimos al austero Alcalde que sume a los muchos servicios hechos a la capital, el de no permitir, continúe este acto de barbarie. Su administración municipal, tan limpia por tantos conceptos, quedaría manchada al ser él ante la historia el responsable de un desafuero contra la estética. Pida opinión a artistas, escritores, académicos, críticos y verá cómo se le ha llevado a autorizar un acto que empequeñece a un gobernante.

Réspetese la Plaza de Armas. Para dar riendas sueltas a los resentimientos, escójense otras cosas. Los pocos rincones viejos que nos quedan piden a gritos un mínimo de amor y de cuidado. Bien maltratada está la fisonomía general de La Habana —¡aquella Habana tan bella, vieja y juvenil a un tiempo, rica de leyendas y abierta a la imaginación!—, para que veamos con indiferencia cómo se la mutila en uno de sus fragmentos más hermosos.

Diario de la mañana,  
set. 17/955



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA